

grandes señores y hasta príncipes, ocultando su rango bajo el exterior mas modesto, contándose hasta 300.000 de estos piadosos peregrinos; iban en procesiones de mil ó dos mil, á veces hasta de cuatro mil, caminando con un órden admirable, cantando himnos y cánticos, llevando á la cabeza un estandarte ó una cruz, que representaba la pasion del Salvador, y acompañados de eclesiásticos y religiosos con sus ornamentos sagrados y diversas insignias de piedad. Mas de cuarenta de estas procesiones tuvieron que atravesar la ciudad de Ginebra; y lo hicieron con tanta edificación como valor, sin que se exigiera de ellos otra cosa, que ocultar con un velo sus cruces y plegar sus banderas. A su entrada en Thonon, la procesion de los penitentes salia á recibirlos y los conducia á la iglesia, donde se encontraban para oírlos cerca de cien confesores, que entraban en el confesonario por la mañana, permaneciendo en él á veces hasta una hora muy avanzada de la noche. Diez y seis predicadores compartian las instrucciones, que se hacian cuatro veces al dia, ó aún mas á menudo, segun el número de procesiones que llegaban.

Estos santos ejercicios produjeron frutos maravillosos. Mas de seiscientos herejes y seis ministros abjuraron la herejía; varios religiosos apóstatas volvieron á abrazar su estado; gran número de poseidos se vieron libres del demonio por las oraciones de la Iglesia; enemigos que hacia tiempo proyectaban el desafio, se reconciliaron; muchas restituciones se obraron; los soldados de la guarnicion, pasando de una vida licenciosa á una ejemplar, se hicieron apóstoles, trabajando, con sus discursos y oraciones, en la conversion de los pecadores y de los herejes; en fin se contaron hasta ciento sesenta y dos mil conversiones en la iglesia de Thonon (1).

Todos estos dichosos resultados fueron obtenidos á despecho de los Ginebrinos y Berneses, que habian intentado

(1) *Vida de Claudio Granerio*, p. 237 y sig.

todo para impedirlo, ya por medio del hambre, prohibiendo trasportar víveres á Thonon, ya por medio de la peste, haciendo arrojar en la ciudad y sus alrededores materias á propósito para corromper el aire é infestar el país, ya finalmente por medio del ridículo, fijando por todas partes un escrito impío y blasfemo en que se mofaban del jubileo. Estas culpables tentativas se estrellaron ante la sabiduría del gobernador y del Duque de Saboya. El primero habia provisto oportunamente á la ciudad de todas las cosas necesarias para la vida, y el segundo habia hecho distribuir víveres á los pobres y peregrinos, de manera que á nadie faltó nada. Fuerza es tambien declarar que la proteccion de la Providencia sobre estos santos ejercicios se mostró con hechos tan visibles, que parecian tener el caracter de milagros. La hija de un caballero, atacada de una grave enfermedad, que habia querido hacerse trasladar á Thonon para ganar allí el santo Jubileo, en el momento mismo en que entraba en la ciudad, fué súbitamente curada. Ochenta y seis peregrinos, sorprendidos por una furiosa tempestad sobre el lago de Ginebra, estaban á punto de perecer, y despues de haber luchado toda la noche contra las olas desencadenadas, hacen un voto á Nuestra Señora de la Piedad; al punto abordan felizmente á la ribera, y para que constase que debian su salvacion á la Madre de Dios, la barca, que á pesar de la carga de los pasajeros habia luchado toda la noche contra la tempestad, se abrió y se sumergió así que pusieron el pié en tierra. Un hombre se burlaba del Jubileo, y fué herido de un rayo sin que los dos interlocutores con quienes hablaba experimentasen el menor mal. Por último, un particular se oponia al establecimiento de la *Santa Casa* de Thonon; al punto se obra en su razon una alteracion que hace temer un trastorno total, y no es curado sino despues de haber confesado su falta y prometido no volver á caer en ella. Estos hechos y otros varios, nos esplican cómo el Obispo de Ginebra pudo decir al Papa, en una carta en que le dió cuenta circunstanciada de lo que habia pasado, que «des-

»de el principio hasta el fin, el Jubileo habia sido un mi-
»lagro continuado.» (1)

Ofrendas considerables fueron hechas en esta ocasion á la iglesia de Thonon, elevándose á mas de veinte mil escudos de oro (2). Se tomaron de esta suma los gastos del Jubileo que quedaban por pagar; diez mil escudos fueron empleados en rescatar de la ciudad de Fribourg fincas del priorato de San Hipólito, que los síndicos de Thonon le habian hipotecado; otra suma considerable sirvió para pagar el precio de varios bienes eclesiásticos, vendidos por los Berneses en el Chablais, entrando de este modo en posesion de ellos; y lo poco que quedó fué dado á réditos á los negociantes en beneficio de la *Santa Casa* (3).

Acababa el Obispo de Ginebra de disponer todo lo relativo á estos diversos negocios, que le habian ocupado cerca de tres semanas, cuando fué atacado el 15 de agosto de una disentería acompañada de malos síntomas; desde los primeros momentos declaró que no se curaria, y quiso recibir el santo Viático. Luego se hizo trasladar al castillo de Polinge, que pertenecia á su sobrino, el Señor de Chissé: allí, ocupado continuamente de la eternidad, pidió segunda vez el santo Viático, recibió la Estremación con un fervor admirable, y el 17 de setiembre murió, sin haber tenido que hacer testamento, porque á su muerte, solo se encontraron seis sueldos en su casa; y el precio que se sacó de la venta de sus muebles, de sus libros y de los ornamentos de su capilla, se empleó todo en pagar las deudas que dejaba (4).

El Coadjutor, de vuelta de Paris, se encontraba en Lyon cuando supo esta muerte. Su primer sentimiento al recibir esta noticia fué el de aceptacion y sacrificio: se consagró, con toda la plenitud de su corazon, al servicio de Dios y

(1) *Vida de Claudio Granerio*, p. 240 y sig.

(2) Es decir, sesenta y tres mil seiscientos francos.

(3) *Mision de los Capuchinos en el Chablais*, lib. IV, p. 82 y sig.

(4) *Vida de Claudio Granerio*, p. 249 y sig.

de las almas colocadas bajo su direccion, y prometió al cielo no vivir mas que por este noble fin, sacrificando á él todo otro interés; y tal fué en efecto su vida. Esta inmolation de todo su ser á su ministerio fué tan entera y tan fervorosa, que el sentimiento de ella, lejos de debilitarse con el tiempo, quedó en su corazon, siempre tan vivo y penetrante como el primer dia. A este sentimiento se mezclaron otros dos, la confianza y el temor: la confianza, «porque, decia, mi elevacion no es obra mia, es de la Providencia; por eso he depositado todas sus cargas en las manos de Dios. Soy el Obispo de su paternal bondad, »y de la cuidadosa caridad de mis amigos; este pensamiento me hace la carga lijera, así como me obliga también á devolver á Dios y al prójimo, amor por amor y »celo por celo.» (1) El temor porque no podia dejar de pensar en la carga que la muerte de Claudio Granerio habia hecho caer sobre sus hombros. Preocupado con estos santos temores, fué á Annonay á tomar consejo de Pedro de Villars, el cual, despues de veinticuatro años de trabajos apostólicos, parte en el obispado de Mirepoix, parte en el Arzobispado de Vienne, habia cedido en 1599 esta última silla á Jerónimo de Villars, su hermano, y vivia retirado en aquella pequeña ciudad, distribuyendo su tiempo entre la oracion, el estudio y la conversion de los herejes. Eran de gran precio para el nuevo Obispo los consejos de tan digno prelado, versado en la ciencia de la teología, en el conocimiento de los caminos espirituales, y mas aún en la práctica de todos los deberes episcopales; porque, durante todo el tiempo que habia desempeñado el cargo, habia predicado asiduamente, catequizado á los niños é ignorantes, tenido un cuidado maternal de los pobres, dando él mismo conferencias á su clero para formarle en la piedad y en la ciencia; y avaro de los momentos que le quedaban libres, celoso de emplearlos todos en la oracion y en el estudio, no habia cesado de poner en práctica su máxima favorita:

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 18 de setiembre.

que un Obispo debe estar todos los dias en el altar, con mucha frecuencia en el púlpito, nunca en las sociedades y diversiones públicas. Para que el venerable prelado pudiese darle consejos mas apropiados, quiso hacerse conocer á fondo por una confesion general; y la pureza de su hermosa alma edificó al piadoso Obispo hasta hacerle decir en el trasporte de su admiracion, que «esta confesion le serviria toda su vida de motivo de confusion.»

De Annonay, Francisco volvió á Lyon, desde donde se dirigió al pais de Gex, para trabajar con el Baron de Luz en el restablecimiento de la religion católica. No pudo obtener del Baron mas que el restablecimiento de tres parroquias, siendo de este número la ciudad de Gex, de la cual nombró cura á su primo Luis de Sales, que la desempeñó gratuitamente. Afligido por no haber podido obtener más, dirigió su queja á Enrique IV. «Este número, le decía en su carta (1), es muy inferior á mi esperanza, que fundada en la grandeza de la piedad que brilla en la corona de Vuestra Majestad, no aspiraba á menos que á todo..... No dudo que vuestra real mano, que no sabe dejar ninguna de sus obras imperfectas, una vez iniciado el restablecimiento de la religion en este pequeño rincon de mi diócesis, le concederá muy pronto la perfeccion que la Santa Sede espera, que vuestro edicto de Nantes nos promete, y que os pido muy humildemente.» Esta carta produjo su efecto, y el santo apóstol fué autorizado para restablecer el culto católico en otras dos parroquias. Se apresuró á dar las gracias al Rey con otra carta. «Señor, le escribe (2), despues de haber dado gloria á Dios por la ereccion de otras dos parroquias, doy gracias á la providencia real de Vuestra Majestad, de cuya piedad estas pobres gentes han recibido un bien infinito, porque comprende la salvacion eterna, no solo de estas parroquias sino de otras varias, que escitadas por el ejemplo de estas

(1) Carta XXXVII.

(2) Carta XXXVIII.

»y por el olor del santo afecto de Vuestra Majestad, proyectan humildes sollicitaciones para obtener una gracia semejante. En cuanto á mí, Señor, contemplo en estas reparaciones á la santa Iglesia, las raras cualidades que hacen reconocer en vos la sangre y el corazon de San Luis y de Carlo Magno, ambos los mayores restauradores del servicio de Dios que se han visto nunca.» El santo prelado termina luego esta carta con un elogio del Baron de Luz, alabando un celo *que no puede olvidar nada y una prudencia que nada sabe perder*; elogio tanto mas digno de su delicadeza, cuanto que tenia algunos motivos para quejarse, y una declaracion tan honrosa hecha al Rey, despues de la reciente desgracia de este señor, tenia mayor importancia.

En medio de todas estas sollicitudes, Francisco, que sabia que no conviene dejar ignorar en Roma los grandes intereses de la religion, cualquiera que sea la parte de la Iglesia á que se refieran, escribió al Papa (1) para darle cuenta de lo poco que habia podido conseguir durante nueve meses de estancia en París, empleados en sollicitaciones incesantes, y al mismo tiempo para anunciarle la muerte de Claudio Granerio, decirle el mérito de este santo prelado y la gran pérdida que con ella acababa de experimentar la Iglesia. Empezó por alabar su fidelidad á la ley divina de la residencia; y en efecto, durante veintitres años, este prelado no habia salido mas que una vez de su diócesis, y eso solo por dos ó tres dias, y para ir á ver al Duque de Saboya en Chambéry (2).

«Así, continúa Francisco, ha atraído al episcopado veinticinco mil ovejas errantes; su religion, su piedad, sus costumbres, su constancia, representaban la imágen de los Obispos de la primitiva Iglesia; es digno de la inmortalidad, y merece que su memoria sea bendecida por todas partes.» Pasando el hombre de Dios de este elogio á

(1) Carta XXXIX.

(2) *Vida de Claudio Granerio.*

su propia persona: «Solo me resta, dice, arrojarme enteramente, yo con todo lo que me concierne, en los brazos de la divina Providencia, y dar á Vuestra Santidad mis acciones de gracias por los inmensos beneficios de que vuestra munificencia apostólica me ha colmado, no solo concediéndome el episcopado, sino tambien dispensándome de todo lo que es costumbre pagar al tesoro apostólico. No puedo hacer otra cosa, por tanta bondad, sino consagrar sin reserva mi voluntad á las órdenes y á las menores insinuaciones de Vuestra Santidad.»

Habiendo terminado sus negocios el santo prelado en el país de Gex, se retiró al castillo de Sales para celebrar en él el retiro preparatorio á su consagración; y durante los pocos días que precedieron á este retiro, recibir las cartas de felicitación de los síndicos y consejeros de la ciudad de Annecy, como tambien de la mayor parte de las ciudades de la diócesis, y especialmente de los canónigos de la catedral. Respondió á estos últimos (1) que, si ellos encontraban un motivo de gozo en su promoción, él no lo encontraba mas que en la amistad que le profesaban. «Confío sin embargo, añade, en la bondad de Dios, que como no nos falta nunca en las cosas necesarias, me dará la gracia de su santa asistencia para hacerlos todos los servicios que deseo.»

Pero lo que mas le ocupó durante aquellos días, fué una carta singularmente notable que escribió á la comunidad de las *Hijas de Dios* de París. Había en la calle de San Dionisio una comunidad de religiosas de la orden de Fontevault (2), fundada en 1485 en un monasterio anteriormente ocupado por religiosas que San Luis había establecido allí para servicio de un hospital, dándoles el nombre de Hijas de Dios, por la misma razón que ha hecho dar

(1) Carta XLII.

(2) La orden de Fontevault fué fundada por el bienaventurado Roberto de Arbriscelles hácia el año 1100, bajo la regla de San Benito, á la cual Sisto IV añadió algunas condiciones particulares. Esta orden ha contado entre sus abadesas hasta catorce princesas, cinco de ellas de la rama real de los Borbones.

á estos asilos de la desgracia el nombre sublime de casa de Dios. Francisco, durante su estancia en París, había ido varias veces á esta casa, y no había notado en ella nada que no fuese muy edificante. Pero despues de su partida, había sabido que varias religiosas gozaban de pensiones particulares, y con ellas se procuraban sin necesidad un alimento mas delicado, mejores hábitos que el resto de la comunidad, en tanto que á las hermanas enfermas, á las que su familia no pagaba pensión, les faltaban algunos alivios apetecibles en su estado de enfermedad. Le habían añadido que las recreaciones eran demasiado disipadas, y no iban acompañadas de ese carácter de modestia y piedad que conviene en un monasterio. La estimación y afecto que las religiosas le habían demostrado, le hicieron esperar que una lección de su parte sobre estos abusos sería bien recibida; y en su consecuencia, les escribió desde el castillo de Sales, el 22 de noviembre, una larguísima carta (1), donde, despues de un exordio para insinuarse, lleno de espresiones de estimación y afecto, demostraba que los abusos que se dejan conocer, son contrarios á la perfección religiosa, que debe ser sin mezcla de ninguna mancha; que es necesario corregirlos en su nacimiento, pues mas tarde sería mas difícil reformarlos, y se convertirían en fuente de grandes males; que estas pensiones particulares (mal tanto mayor cuanto que era mas comun y que casi nadie hacia escrúpulo de ellas) eran contrarias al voto de pobreza; y que el permiso de la superiora no impedía que el hecho fuera un abuso. «Es ya, dice, una palabra que no debe emplearse, esta de permiso, entre personas que hacen profesión de vida perfecta. Vale mas vivir bajo la regla que tener exenciones sin necesidad, tanto mas cuanto que los superiores conceden con frecuencia estos permisos como Moisés, *por la dureza de corazón de los que lo piden.*» Los permisos, añade con una gran sutileza de observación, no penetran nunca sino por gracia en los monas-

(1) Carta XLI.

»terios; pero, una vez habiendo puesto el pié en ellos, permanecen por fuerza, y no salen sino por rigor.....» Quizás, les dice, el amor que teneis á vuestra casa os inclinará á creer que no tiene necesidad de reforma; pero tened presente que el amor propio es astuto, se introduce en todas partes, y nos hace creer que no es él. El verdadero amor á nuestras casas debe hacernos celosos de su perfeccion real, y no únicamente de su reputacion. Nada hay tan constante que no perezca, nada tan puro que no recoja al fin algun polvo. Vuestra casa es hermosa y virtuosa, pero el curso de los años ha alterado un poco su tez: ¿por qué no le devolvereis los colores primitivos por medio de una santa reforma?

»Quizás me direis que vuestra casa tiene necesidad de esas pensiones, porque es pobre: yo digo, por el contrario, que vuestra casa es pobre porque tiene esas pensiones, pues la riqueza de las particulares impide la del público: si sois pobres en particular, sereis ricas en comun. Además, Dios quiere que confiemos en él cada uno segun su vocacion; y vuestra vocacion es de vivir en comunidad, sin pensiones particulares. Probablemente otros os habrán hablado ya de esta reforma, pero sin gran insistencia, y no los habreis escuchado. No dejéis por eso de reformaros; el buen consejo debe ser recibido, lo mismo cuando se da empapado en hiel, que cuando viene endulzado con miel.»

Despues de estas sábias advertencias, el santo prelado las invita á procurar todas juntas en espíritu de caridad y dulzura la reforma de su comunidad, asegurándolas que Jesucristo y sus ángeles las miran en este santo trabajo, con el mismo placer que vemos á las abejas en sus colmenas, cuando están dulcemente empleadas en fabricar su miel. Las exhorta luego á consultar á los directores mas hábiles; «porque, dice, vuestro sexo, sometido desde la creacion á la condicion de la obediencia, no adelanta nunca delante de Dios, si no sujetándose á la direccion y á la instruccion.» Por último, templando la reprension

con la alabanza, les dice «cuánto las estima y con qué pena ve que tan grandes cualidades sean esclavas de pequeñas imperfecciones; un licor tan precioso perdiendo su precio por una pequeña falta; un vino exquisito deteriorándose por la mezcla de un poco de agua;» y termina prometiéndose la asistencia de sus oraciones para su entrada en la laboriosa y peligrosa carga de Obispo, á fin de que despues de haber predicado la salvacion á los demás, no sea él mismo reprobado.

Al dia siguiente de escribir esta escelente carta, de que hemos dado un resúmen, empezó su retiro de veinte dias bajo la direccion del P. Tonier, jesuita de Thonon, á quien habia llamado para esto al castillo de Sales. Desde el principio de estos santos ejercicios hizo una confesion general, con el fin de purificarse mas y mas; siendo el resto del retiro santificado con una oracion perseverante, acompañada de ayunos y maceraciones corporales. Es hermoso oírle contar á un confidente de sus pensamientos lo que pasaba entonces entre Dios y él. «Hago la revista de mi alma, le escribe (1), y siento en el fondo de mi corazón una nueva confianza de servir mejor á Dios en santidad y justicia todos los dias de mi vida. He experimentado profundo conocimiento de las infinitas obligaciones que le debo; he resuelto sacrificarme á él con toda la fidelidad que me sea posible, manteniendo incesantemente mi alma en su divina presencia, con una alegría no impetuosa, pero, segun me parece, eficaz para amarle bien; porque nada en el mundo es digno de nuestro amor: es preciso dárselo todo á este Salvador, que nos ha dado el suyo. Veo todos los goces terrenos como una verdadera nada al lado de este amor soberano, por el cual quisiera voluntariamente morir á todos los demás, ó al menos vivir para él solo. ¡Cuánto ansío que este corazón que Dios me ha dado, le esté inseparable y eternamente unido! Tengo un gran deseo de adelantar en este santo amor, y

(1) Carta XLIII.—De Maupas, p. 125.

»para disponerme á ello, ved aquí el reglamento que me
»impongo.»

En este reglamento (1), el santo prelado determina que no llevará ni hábitos, ni medias de seda, ni ningun vestido mas rico que el que ha llevado anteriormente: «Basta, dice, que mis vestidos esten limpios y bien adaptados á mi cuerpo; no usaré escaarpines, porque este calzado se resiente algo de vanidad; ni guantes perfumados ni de gran precio. Llevaré á todas las iglesias, y aun en la ciudad, el roquete, la esclavina y el bonete cuadrado, y lo mismo en casa escepto el roquete. Mi cinturon podrá ser de seda, pero no precioso, y de él llevaré pendiente mi rosario. Mi tonsura será siempre bien marcada. No tendré criados inútiles; para dirigir todos los negocios temporales de la casa y asistirme en los oficios, tendré un eclesiástico cuyo traje será el del seminario de Milan, ó el hábito eclesiástico de Roma. Tendré un secretario, un ayuda de cámara para mí, otro para la familia episcopal (2), un cocinero con su ayudante, y un lacayo. Todos estos criados estarán vestidos sencillamente, y no llevarán trajes de colores claros. Se levantarán á las cuatro los dias solemnes en que se cantan Maitines en la catedral, y á las cinco los demás dias; todos oirán Misa cada día; por la noche harán la oracion y el exámen de conciencia en comun con el Obispo, y se retirarán en silencio á las diez para acostarse; todos los domingos y fiestas asistirán al Oficio de la catedral, y los segundos domingos del mes se confesarán y comulgarán. En cada cuarto habrá un reclinatorio, alguna devota imagen y agua bendita. Dos aposentos estarán tapizados únicamente; uno para recibir á los huéspedes, y el otro para tratar los negocios. Uno de los criados estará siempre pronto para recibir é introducir á los que se presenten, y tratará

(1) Opusc., p. 242.

(2) Se llama familia episcopal la reunion de sacerdotes que componen la casa del Obispo.

»á todos, y principalmente á los sacerdotes, con cortesía y respeto. La mesa será frugal, pero limpia y decente; cada sacerdote dirá por turno el *Benedicite* y las *Gracias*; el Obispo no dirá mas que la oracion, *Benedic, Domine, nos et hæc tua dona quæ de tua largitate sumus sumpturi, per Christum Dominum nostrum*; escepto en las fiestas solemnes, en las que dirá él solo todas las oraciones ántes y despues de la comida. La primera mitad de la comida se empleará en lecturas piadosas, y la segunda en una modesta conversacion. Se comerá á las diez, se cenará á las seis, los dias de ayuno las dos comidas se harán una hora mas tarde, no sentándose nadie durante la colacion. Se distribuirán limosnas los mismos dias que en tiempo del último Obispo, y se harán mas considerables en invierno que en verano, por razon de las necesidades que son mas grandes entonces. En cuanto á las limosnas particulares, el espíritu de Dios enseñará cuándo se deberán hacer. Asistiré á los oficios de la catedral los domingos y fiestas de obligacion, y en toda la octava del Santísimo Sacramento, y tambien á los Maitines los dias solemnes. Oficiaré en las diez principales fiestas del año; seguiré cuanto me sea posible los oficios y ejercicios de las cofradías de la Cruz, del Santísimo Sacramento, del Rosario y del Cordon, y daré la Comunión en los dias que prescriben los estatutos.»

Despues de estos reglamentos relativos á lo exterior, el santo prelado arregló su vida íntima y privada. Estableció que haria de modo que cada dia aprendiese alguna cosa útil, y que tuviera relacion con su estado; que consagraría al estudio desde las siete á las nueve de la mañana, sin contar la lectura de cerca de una hora de un libro de devocion, despues de la cena. Todas las mañanas, despues de haber dado gracias á Dios por su conservacion durante la noche, de haberle pedido su auxilio para el dia presente y haberse consagrado á su mayor gloria, haria una meditacion de una hora. Durante todo el dia se conservaria con una atencion habitual en la presencia de Dios, haciendo